

peza, los niños son colaboradores incomparables y se convierten a su vez en monitores o instructores de higiene en la escuela y en la casa».

«¿A tan tierna edad?, preguntaréis.

El arbolito desde chiquito, afirma el adagio; que también es verdadero en lo relacionado con la infancia.

Se debe dar al niño pequeño — dice un famoso médico escolar — buenos instrumentos del pensar que le permitan construir el edificio; si tales elementos los adquiere tardíamente, llegarán a destiempo a su espíritu demasiado hecho, se desarrollarán incorrectamente, la asociación de ideas será frágil y caduca y no quedarán, en el espíritu del niño, unidos por lazos suficientemente fuertes para resistir a las tentaciones del ambiente, refrenar los instintos, etc. y, en todas las circunstancias, pesar en sus decisiones, porque no tendrán su punto de partida, constitutivo e integrante del psiquismo.

Durante esta fase de la infancia la madre y la maestra deben educar al niño.

El papel de la madre es tan considerable que de ella depende lo que será el hombre.

«El más sabio de entre nosotros, escribe J. Simón, si hiciera una requisita exacta de todas sus ideas, de todos sus sentimientos, reconocería que lo mejor de su corazón y de su

espíritu le viene de su madre. Es todo el pasado del espíritu humano que nos habla por su boca, mientras que, sin pensarlo ni saberlo, inculca en nosotros cuanto su madre le había enseñado a ella, y nos devuelve las sonrisas, las caricias, los sentimientos que mecieron y criaron su propia niñez.»

Nada puede reemplazar esta educación maternal, que en una madre cuidadosa y vigilante es de todos los momentos.

La segunda infancia es la edad preguntona, el niño no cesa de dirigir porqué y cómo a cuantos le rodean.

El estudio del desarrollo del espíritu entonces es en extremo atrayente para una profesora atenta. Se le confía una inteligencia inculta que ella va a modelar y a dirigir sus perfeccionamientos.

El niño, en medio de numerosas percepciones que le asaltan de todos lados, no puede ni sabe discurrir lo que debe clasificar y conservar, y a la maestra compete insistir continuamente en las materias que quiera hacer penetrar, es la que va a educar este cerebro virgen, es la que va a comunicarle las primeras impresiones que dejan a menudo huellas indelebiles y que influyen sobre toda la existencia.

Anatole France es de los novelistas que han descrito con más cariño este despertar a la vida del alma infantil. En *Le*